

sentés; pero todo fué inútilmente, queriendo D. Bartolomé hacer un ejemplar que contuviese á todos aquellos reyezuelos en sujecion. Entregó libre á los ciguayos toda la familia del cacique; pero en cuanto á la libertad de este Rey, fué inexorable. Consternados los ciguayos, descargaron su enojo y dolor sobre el desgraciado Guarionex, y le entregaron á los castellanos; pero no por eso logró su libertad Mayobanex, que fué llevado á la Concepcion, donde se le formó su proceso, y convencido del delito de rebelion, fué mandado ahorcar.

CAPITULO X.

TERCERO VIAJE DEL ALMIRANTE COLON: DESCUBRE LA ISLA DE LA TRINIDAD Y LA TIERRA FIRME: HALLA EL GOLFO DE LAS PERLAS Y LA ISLA DE LA MARGARITA, Y SE VUELVE A LA ESPAÑOLA.

AÑO DE 1498.

Estaban las cosas en estos términos cuando entró el Almirante por la primera vez en el puerto de Santo Domingo: pero volvamos á la descripcion de lo que pasó en la corte de los Reyes Católicos, ántes de conseguir sus despachos para el tercer viaje que hizo en el Nuevo-Mundo. Hemos referido cómo bien de espacio se trataba de su armamento, oponiéndole todos los dias nuevos obstáculos, y parecia que toda la mira de los ministros reales era cansarlo y enfadarlo, y así anduvo mucho tiempo haciendo las más vivas dili-

gencias para conseguir el buen éxito de sus pretensiones, gastando en ellas todo el año de mil cuatrocientos noventa y seis. Todas estas dilaciones no provenian de la Corte, porque el Rey y la Reina se inclinaban á favorecerle, y parecian estar ocupados únicamente en colmarle de honras y riquezas: no contentos de confirmarle las mercedes que le habian hecho, le concedieron de nuevo cincuenta leguas de tierra en la Española, sobre veinticinco de ancho, con el título de duque ó de marques. Suplicó entónces el Almirante á los Reyes no le mandasen aceptar la merced de las cincuenta leguas, por evitar discusiones con los oficiales reales, quienes no dejarian de levantarle que escogia el mejor terreno, y lo poblaba mejor que las tierras de sus Altezas. Despues, en atencion á los trabajos que habia padecido en los descubrimientos de Cuba y Jamaica, de que no habia sacado provecho alguno, se le descargó de la octava parte de los gastos que habian hecho los Reyes, y debia contribuir y concedió el goce de la octava parte de los provechos de los navios que iban á las Indias, y por queja del Almirante de Castilla que reclamó sobre la licencia general que se le habia dado para descubrir en las Indias, la revocacion en cuanto le fuese perjudicial. Purgado el Almirante Colon de todos los capítulos que le imputaban,

y lleno de mercedes, bien que advertido de los Reyes, que mientras la blandura no perjudicase á su reputacion ni á la justicia, procurase tenerla, pues así se aumentaba el amor de sus súbditos, se conservaban los grandes imperios y se adquieren otros nuevos (reconvencion en que se le dió á entender que se habia hecho algun aprecio de las delaciones del Comisario Aguado y de sus enemigos), se dispuso á darse á la vela y á hacer su tercero viaje.

Pero otros incidentes retardaron este viaje, porque llegaron de la Española á Cadiz el dia veinte de Octubre tres navios cargados de indios esclavos, que serian trescientos, enviados por su hermano el Adelantado: mostraron los Reyes Católicos no aprobar esta conducta, diciendo que si aquellos isleños habian hecho guerra á los españoles, seria sin duda á no poder más, vejados por los malos tratamientos de estos, y tomaban ocasion de este disgusto de los Reyes sus áulicos, entre los que habia muchos enemigos de Colon y de las cosas de las Indias, para desaprobaramente el proceder del Adelantado. Ni tampoco le pareció bien al Almirante y no tuvo otro partido que tomar, sino echar la culpa á su hermano, y solicitar con harto trabajo el despacho de los dos navios que llevó el capitan Pedro Fernandez Coronel. Algun tiempo despues fué promovido

al Obispado de Badajoz el Dean de Sevilla, Juan Rodriguez de Fonseca, y el cargo de proponer las cosas de Indias fué dado á Antonio de Torres, que habia acompañado á Colon en su segundo viaje, y estaba de vuelta en España con su flota. Esta mudanza avivó el armamento del Almirante, y cuando iba á concluir, sucedió la muerte del Principe D. Juan, heredero de la corona de España; y como la Reina tenia mucha confianza y aficion al obispo de Badajoz, lo llamó para tenerlo cerca de su real persona, desde luego para que la consolara en su afliccion, y le confirió de nuevo la direccion de los negocios de Indias. Este fué un contratiempo para el Almirante que impidió mucho su despacho; pero al fin, no sufriendo más dilacion las órdenes de la Corte, y estando todo aparejado para la salida del armamento, se acabaron las pesadumbres del Almirante en sus despachos, y salió de la Barra de San Lúcar de Barrameda á treinta de Mayo de mil cuatrocientos noventa y ocho, con seis navios, y como obligado á buscar nuevos descubrimientos y conquistas dirigió su rumbo para Canarias. Llegó á la isla de la Gomera, el dia diez y nueve de Junio, y el veinte y uno del propio mes dió la vuelta de la isla de Hierro, desde allí determinó enviar tres navios de los seis de la armada, para la Española, considerando las necesidades que se padecerian

en aquella isla, y ir con los otros tres para las islas de Caboverde, á fin de tomar su viaje en derechura de la tierra firme que esperaba descubrir. Con esta determinacion hizo capitanes de cada uno de estos navios, á Alonso Sanchez de Carbajal, oficial de mérito que habia acompañado al Almirante en su segundo viaje, y habia vivido en la Isabela algun tiempo: á Pedro de Arana pariente del antiguo gobernador de la fortaleza de la Navidad, en los Estados de Guacanacarie que murió en la Española, y Juan Antonio Colon, deudo suyo. Dióles particular comision de lo que habian de hacer, mandando que tuviesen por semanas el gobierno general, y que navegasen al Este cuarta del Sudeste ochocientas cincuenta leguas, y despues fuesen al Ouste Nord-Oeste, para reconocer la isla de Puerto Rico, de donde les era fácil ir camino derecho para Santo Domingo. Aparejaron á un tiempo los seis navios, tomando los tres el rumbo que se les habia prescrito para la Española, y el Almirante con los otros tres, para tomar la vuelta de las islas de Caboverde, adonde llegaron el dia veinte y siete y quedaron anclados en la isla de Buenavista, hasta el dia cinco de Julio que resolvió tirar al Sudeste por varios motivos que le empeñaron á dar una vuelta tan grande.

Su designio era navegar por el Sur hasta me-

terse debajo de la línea Equinoccial, y de allí seguir su viaje al Occidente hasta hallar tierra, parte para saber si se engañaba el Rey D. Juan de Portugal, que afirmaba que al Sur habia tierra firme, y parte por lo que le habian asegurado algunos isleños de la Española, que en tiempos antiguos habian venido del Sur y de Sudeste á su tierra, hombres negros que traían unas especies de lanzas armadas de un bello metal que llamaban Guanin, del cual le habian regalado y hecho presente á los Reyes, y puesto al ensaye, se habia hallado que de treinta y dos partes las diez y ocho eran de oro, seis de plata, y ocho de cobre. Supuesta la verdad de esto, no se dudaba que estos hombres hubiesen venido ó de las Canarias ó de la costa occidental de la Africa, arrojados por alguna tempestad á las costas de la isla Española; pero Colon formaba otro juicio, no pudiendo creer que estos hombres hubiesen podido venir de tan lejos en barcos chatos y tan frágiles como eran los que usaban los africanos y los canarios; ántes bien, se persuadió que aquellos negros podian haber salido de un país más cercano á las Antillas, y para descubrirle, tomó el punto de su navegacion desde las islas de Caboverde, y caminó como está dicho, hasta hallarse en cinco grados de latitud del Norte. Después de haber caminado ciento y veinte leguas, comenzó el viernes trece

de Julio á experimentar tan fuerte calma, que duró ocho dias, acompañada de un calor tan excesivo, que derritiéndose la brea, los navíos hacian mucha agua: á excepcion del primer dia que el sol les abrasaba, los siete siguientes llovió y hubo neblinas, de modo que se corrompieron los víveres, se reventaron las vasijas del agua y del vino, los aros de las pipas se rompian, ardia todo el trigo y se podrian todos los bastimentos. Con esto se vió el Almirante y todo su equipaje amenazado de las mayores desgracias; pero aunque enfermo de la gota y cansado sumamente, quiso todavía tirar más al Sud para virar al Oueste y se mantuvo firme, caminando por este rumbo hasta el treinta y uno de Julio; y como le faltaba el agua, determinó mudar de derrota, caminando al Oueste con el fin de tomar algunas de las islas de los Cannibales, que hoy llaman de los Caribes, para remediar los navíos que iban abiertos del calor pasado, y conservar los bastimentos que llevaba á la Española aunque maltratados.

A poco andar se vió tierra al Sueste hasta la distancia de quince leguas, y fueron vistos tres mogotes juntos á un tiempo; motivo porque el Almirante puso á esta tierra que reconoció ser isla el nombre de la Trinidad (*) en virtud del pen-

(*) Véase la descripción de esta isla en el Orinoco, ilustrado por el P. Gumilla, tom. 1, § 1, cap. 1.

samiento que tenía de poner este nombre á la primera tierra que descubriese, ó porque le ocurrió llamarla así por los tres mogotes ó montañas que se le presentaron todos á un tiempo, cuando avistó la tierra, y como se llegaba á ella, percibió un cabo que parecia estar al Poniente, que llamó de la Galera por una peña grande que de lejos se asemeja á una galera, navegando á la vela; y porque no tenía mas que una pipa de agua para toda la gente de su navío, buscaba algun puerto para desembarcar y coger agua, y costeano la tierra, fué á parar á otra punta que llamó de la Playa, donde con grande alegría desembarcó la gente, y hicieron aguada en un hermoso rio, la que concluida volvió á navegar entre las dos puntas referidas, y el dia dos de Agosto llegó á otro cabo que está al Poniente que llamó Punta de Arenas, y porque vió su gente cansada permitió que se desembarcara, y él mismo saltó en tierra: dentro de poco vió venir un indio de buena presencia que parecia ser cacique de aquellas tierras, y llevaba sobre su cabeza una diadema de oro. Despues que se hubieron saludado mutuamente, el indio que mostraba deseos de haber una gorra de terciopelo carmesí con que se descubria el Almirante, se quitó su diadema y la puso en la cabeza del Almirante, tomándole la gorra con la otra mano y sela puso así, quedando muy contento.

Habia visto el Almirante, desde la víspera, una tierra hácia el Sud, que le pareció ser isla; más al cabo de unos cuantos dias reconoció que era el continente. Una cosa sorprendió grandemente al Almirante, y fué, que hallándose allí á diez grados de la línea equinoccial y en los dias caniculares, se sentia muchísimo frio como en el rigor del invierno, principalmente por la noche y á la madrugada. Esto sucede en muchos parajes de la zona tórrida, sobre todo cuando hay calma por la noche; y proviene de los rocíos abundantes que entónces caen; pero á Colon le hacia una gran novedad y no sabia qué discurrir sobre ello. Observó, al mismo tiempo, que las aguas corrian hácia el Oeste con una rapidez y violencia considerable en el golfo de la Ballena. En estos dias navegó Colon entre la Trinidad y algunas bocas del Orinoco, sin pensar que la tierra fuese firme, porque aquellas bocas le parecian otros tantos brazos de mar; y por lo tanto, admirado de la lozania de las arboledas de las islas del Orinoco, las llamó Islas de Gracia (*), y á la costa de Paria, que en forma de semicírculo ciñe el golfo, llamó al dia siguiente Isla Santa, no acabando de creer, aunque lo deseaba mucho, que ella fuese tierra firme. Desembocó la canal

(*) Herrera.—Década I, lib. 3, cap. 10. --Fernando Colon, Historia del Almirante su padre.

con mucho trabajo, y observó que la marea subía y bajaba sesenta pasos más que en San Lúcar de Barrameda. Llegó por fin á la tierra firme, que creía siempre ser isla, y á la costa la llamó Paria, que halló muy amena, poblada de indios más blancos y más bien dispuestos que los de las otras islas. Muchos de ellos traían oro, pero bajo, y las indias llevaban brazaletes de perlas muy grandes. El Almirante cambió porción de ellos por latón, que destinó para regalarlos á la Reina Doña Isabel (*), y estos habitantes le señalaron el paraje adonde se sacaba el oro y las perlas. Bien hubiera querido el Almirante detenerse más para descubrir todo aquel país, que le parecía muy rico y hermoso; pero faltábanle los víveres y sus navíos no podían ya resistir entre las olas fuertes de aquellos mares, y le precisaba llegar en breve á la Española. Se gastaron los diez primeros días de Agosto en reconocer el golfo de la Ballena, adonde se descarga el Orinoco, á quien los indios llamaban Yuyapari. El día trece surgió en un buen puerto, que llamó de los Gatos: mejor hubiera sido ponerle el nombre de Monos, puesto que los que creyó ser gatos, eran unos monos muy corpulentos que abundan en aquella tierra. Pasó de este puerto á otro cercano, que por es-

(*) Fleury.—Historia Eclesiástica, lib. 119, an. 1498, pág. 375 citado.—Ferdin. Colon, Hist. del Almirante Colon.—Mar. lib. 9, cap. 24.

tar rodeado de cabañas le dió el de Puerto de Cabañas. En el reconocimiento que hicieron las lanchas de cuatro bocas solas, de las muchas que tiene el Orinoco, con solo la noticia de este reconocimiento (*) se maravilló mucho el Almirante Colon de que hubiese en el mundo río de tan soberbio caudal que llenase de agua dulce un tan dilatado golfo, y hizo otros discursos que refiere Herrera y otros (**), entre los cuales sacó por firme consecuencia, que tan copioso caudal de agua dulce no podía originarse ni recogerse sino de muy vastos y dilatados terrenos y de muy remotas provincias; lo que es tan cierto, que hasta hoy solo conocemos (en testimonio del padre Gumilla en su Orinoco ilustrado) la mitad de las que baña y fecunda el grande Orinoco.

Ya deseaba salir el Almirante de aquel golfo. Tirando al Norte, dobló el cabo de Lapa, que forma la punta de la costa de Paria, y entre este cabo y el de Boto (llamado así por ser grueso y romo, y es uno de los cabos de la Isla de la Trinidad al Poniente), hay un estrecho de cinco leguas de ancho en que se vió comprometido Colon en uno de los mayores riesgos con sus navíos de los que habia experimentado en la mar. No obstante que no soplaba viento y el mar es-

(*) Padre Gumilla.—Orinoco ilustrado, tom. I, pág. 23, §. 11.

(**) Herrera ut supra, pág. 70 y 71.—Fernando Colon, ut supra.